

VIVIR EN EL CAOS

M.^a Ángeles Blay Muñoz

Mucho se habla últimamente de lo que nos enseña esta pandemia que por desgracia nos toca vivir, pero si realmente nos enseña algo o no, solo lo dirá el tiempo. Quizá sean unas enseñanzas por las que estamos pagando un precio demasiado alto.

Vivimos un presente de realidad distópica, pero soñamos con un futuro utópico que ahora es más incierto de lo que nunca fue. ¿Qué hacemos para lograr ese futuro? Creo que poco: como sociedad dejamos mucho que desear, nos falta empatía. En muchas ocasiones acontecimientos realmente trágicos —aquello que vemos a diario en los informativos— no pasan de ser percibidos como algo inevitable, que creemos no poder impedir. Está claro que una sola persona no va a salvar el mundo, pero siempre podemos arreglar o mejorar ese pedacito de él en el que vivimos: cuidar el medio ambiente en lo que nos compete, rescatar y cuidar a un animal, respetar al prójimo; en definitiva, pequeños cambios que suman y que podrían marcar una gran diferencia.

No nos habríamos de conformar con pertenecer a la raza humana: ¡seamos humanos!, y seámoslo en el más amplio concepto de la palabra; no solo en lo referente a la acepción que podemos encontrar en la RAE: “Dicho de un ser: Que tiene naturaleza de hombre”. Ampliemos el significado al sentido figurado del término, al aspecto filosófico, y considerémonos humanos por ser capaces de compadecernos, de entendernos sin que el lenguaje medie en esta comprensión, de ser generosos, bondadosos, tolerantes. En definitiva, ¡seamos buena gente!

En esta situación que estamos viviendo de manera global, la abismal diferencia de clases sociales ha quedado patente. Resultan chocantes algunas manifestaciones tan descerebradas como incoherentes. A los protagonistas de estas los llaman negacionistas, cuando probablemente los definirían mejor otras palabras; por ejemplo “egoístas”, “energúmenos”, “lerdos”, “majaderos”, “mentecatos” o “zopencos”... En nuestro precioso y copioso lenguaje existe una gran variedad de palabras entre las que podremos elegir algún término más adecuado.

Resulta preocupante que hoy en día las metas personales pierdan la percepción de la distancia y se configuren a corto plazo. La economía, otro factor incierto de este momento, no nos permite hacer planes a largo plazo, puesto que la mayoría de las personas se centra en llegar a fin de mes intentando cubrir las necesidades básicas de su familia. Los virus no hacen distinción alguna cuando buscan un huésped que ocupar, pero la crisis que surge tras una pandemia sí. Tristemente, como siempre ocurre, los pobres serán más pobres.

El tiempo detenido no se recupera ni nos devuelve al punto en el que estábamos, la vida nos llevó de un salto y sin previo aviso a un lugar donde no querríamos estar. Ahora andamos perdidos y, al parecer, buscando lo que llaman una “nueva normalidad”, término que, por cierto, no me agrada mucho a pesar de ser lingüísticamente correcto. No sé si mi desagrado se debe a que entiendo que lo que se considerada normal siempre va acompañado de un contexto concreto, sin el cual pierde su sentido. Cuando decimos “nueva” se indica un cambio respecto a algo que no existía, y si no existía, ¿cómo saber

que es “normal”, si el contexto de normalidad ha cambiado? Más aún, ¿qué consideramos normal? Me viene a la mente una afirmación de Morticia Addams: “La normalidad es una ilusión, lo que es normal para la araña es un caos para la mosca”. No conviene subestimar las películas comerciales, pues a veces contienen frases muy logradas; en realidad no debíamos subestimar nada ni a nadie en esta vida.

¿Y qué es el caos? Si nos remitimos a la etimología, proviene del latín *chaos*, y este del griego *kháos*, *kháüs*, ‘abertura’, ‘agujero’. Dejando al margen la belleza de la mitología griega —en la que, según la *Teogonía* de Hesíodo, Caos fue la única entidad existente en un principio, de la que surgieron deidades como Nix y Érebo—, y ateniéndonos a su definición original (‘resquicio’ o ‘hueco’), indudablemente lo asociaremos con lo imprevisible. Posteriormente se relacionó el caos con el desorden, quizá porque Ovidio en *Metamorfosis* habló de “una masa bastante cruda e indigesta, un bulto sin vida, informe y sin bordes, de semillas discordantes y justamente llamada Caos”. Así pues, si alguien alguna vez nos vuelve a decir (doy por supuesto que lo han dicho antes) “¡esta habitación es un caos!”, quizá podamos hacerle comprender que no es el desorden lo que motiva ese caos, sino lo imprevisible, ya que de él puede surgir cualquier cosa. También preveo que la respuesta más razonable que podamos esperar sea: “¡De ahí solo puede salir mugre!”.

En realidad, los humanos vivimos en un caos constante y el control sobre los acontecimientos de nuestras vidas no es más que una simple ilusión. Lo imprevisible forma parte de nuestra cotidianidad. Aunque creemos que todo es rutinario y repetitivo, apenas somos conscientes de lo expuestas que están nuestras vidas a variaciones que, a veces, resultan imperceptibles, aunque también existen otras tan obvias que, en el momento en que se presentan, sabemos de inmediato que todo cambiará para siempre. Ante esas variaciones, algunos nos mostramos impulsivos y saltamos a ese abismo fortuito: desnudos, con los brazos abiertos y el alma expuesta. Otros meditan más el salto, pero tarde o temprano, en un momento u otro, todos saltamos.

Hoy en día los sueños se posponen en virtud del cuándo... Viajes, estudios, amores. Soy una romántica y no puedo dejar de pensar en el amor: al fin y al cabo, creo firmemente que el amor o su búsqueda es lo que mueve el espíritu de las personas (y digo el amor, no el sexo, por estupendo que este pueda ser, porque este sin duda se sitúa más cerca de lo material y, desde la cumbre de ese materialismo, alcanza cotas de poder que le permite, junto con el dinero, mover el mundo). El amor es un anhelo que todos tenemos en común, una necesidad del alma —sin excluir el sexo, por supuesto—; pero parece que, en la era de la comunicación, encuentra más impedimentos que nunca para manifestarse.

Algunos amores mueren antes de que germine un brote que en la distancia no puede ser regado. Así, quedan marchitas pequeñas ilusiones y grandes esperanzas, mientras que, en algunas ocasiones, la tierra árida duerme al otro lado de la cama. Romances frustrados se han guardado en la memoria, como se guardan viejas cartas de amor encintadas con celo y esmero en el fondo de un cajón. Cartas que releemos de cuando en cuando, para saber quiénes éramos entonces y para recordar al ser amado.

Si es así, ¿qué nos queda de cierto? Puede que solo el pasado, pues quizá sea lo único que permanece invariable. Paradójicamente, el recuerdo que guardamos de cualquier tiempo anterior es mucho más real que aquello que nos depara el porvenir, o que el presente incierto en que nos ha correspondido vivir.